

no se hicieran prisioneros, pasando á cuchillo á cuantos enemigos vieran á las manos. Los primeros pueblos combatidos fueron Izhuatlan y Miahuatlan; si bien opusieron alguna resistencia, desbaratados, muerto lo mejor de sus guerreros, salieron con los brazos cruzados sobre el pecho á pedir misericordia, concertando sobre el campo de batalla el tributo á que se reconocían sujetos. Según lo mandado, ningún prisionero escapó con vida, reservándose sólo cierto número sacrificado á los dioses sobre el campo. Para premiar á los valientes, á los guerreros bisoños que por primera vez tomaban un cautivo, les trasquilaron el cabello dejándoles en la coronilla un mechón, de donde se les ataba la borla de pluma que les servía de distintivo; á los que tomaron dos ó tres prisioneros, les tusaron como á los *cuachic*, dejándoles la trenza en que se ponían las plumas. Sirviendo de guía los habitantes de los pueblos vencidos, siguió el ejército contra Xolotla y Amaxtlan, los cuales pelearon reciamente, sin que por ello dejaran de ser tomados y sujetos al tributo en los términos pactados en el campo de batalla. Allanado el país intermedio, los vencedores se pusieron sobre Tecuantepec. (1)

Antes de dar la batalla, Ahuitzotl se vistió su *ichcahuipilli*, ciñóse el cuerpo de mantas ricas y con un *maxtlatl* delgado, embrazó su *chimalli*, empuñando el *macuahuitl*; á la espalda el atamborcillo dorado que le servía para comunicar las órdenes; se cruzó por el pecho la banda llamada *matemecatl*, se puso en la garganta de los pies los cueros dorados dichos *ixipepetlactli*, y se colocó en medio de los grandes dignatarios de su guardia, quienes juraban sucumbir antes de abandonar á su señor. Los *tequihua*, *cuachic*, *cuauhhuehuetque* y *otomiltl*, llevaban la vanguardia, teniendo por divisas "como carguillas de plumería, un *temalacatl* como rueda de molino, "señal que llevaban del *Cuauhxicalli* donde degollaban los presos "en guerra, todos los cuales tenían embijadas las caras y piernas de "negro, para reconocerse unos á otros, los principales tenían también "las caras embijadas y el rey de un betún amarillo como aceite y "negro revuelto, llamado *tecozahuitl*." (2) Presentáronse los contrarios ricamente ataviados con plumas, piedras valiosas y joyas de oro;

(1) Durán, cap. XLVI.—Tezozomoc, cap. setenta y cinco. MS.

(2) Tezozomoc, cap. 76. MS.

combatían principalmente con un dardo armado de aguda punta de pedernal.

Al avistarse los contrarios, Ahuitzotl dió la señal de acometer con su tamborcillo de oro; los méxica comenzaron á golpear los escudos con sus espadas, alzando tal vocería, que los montes atronaba; cerraron pié con pié con el enemigo, comenzando una terrible carnicería. Bríosísimos eran los bárbaros costeños; pero inferiores en pericia militar y en el manejo del *macuahuitl*, en que sobresalían los tenochca; perdidos sus mejores capitanes, comenzaron á ciar y después se dieron á huir; los vencedores penetraron con el tropel de los fugitivos en Tecuantepec, poniéndola á saco. Los ancianos y las mujeres, saliendo en forma de suplicantes, dijeron: "Valerosos señores mexicanos, cese ya vuestra furia, sosieguen vuestros corazones, "condoleos de estos pobres de la costa y de estos de Tecuantepec, "de los de Tutztecatl y los de Amaxtlan." Ahuitzotl dió orden de suspender la matanza, y sentándose sobre el suelo, les preguntó: "¿Qué decis? A lo que yo vengo es á que no ha de haber más gente "en estas costas, que ninguno ha de quedar con vida." Replicaron los de las costas y dijeron: "Señores nuestros, dejadnos hablar; daremos nuestros tributos de todo lo que se hace y da en estas costas, "que será chalchihuitl de todas maneras y colores, y otras llamadas "teoxihuitl pequeñas para sembrarlas en cosas muy ricas, y mucho "oro, plumería de la más rica que se cria en todo el mundo, pájaros "muy galanos, las plumas de ellos llamadas Xihtototl, Tlaubquechol, Tzinizcan, Zacuan, cueros de tigres adobados, de leones y "lobos grandes, y otras piedras veteadas de muchos y diferentes colores." Oído la riqueza que prometían dar de tributo los costeños, "dijo Ahuitzotl á los mexicanos: "Buena está esta postura y su riqueza, sosiegue y descanse el campo mexicano." (1)

Mientras pasaba este concierto en el campo, los voluntarios francos se daban á robar la ciudad; haciéndose sordos á las órdenes de sus jefes, fué preciso sacarlos de Tecuantepec á palos y cuchilladas. El ejército quedó descontento; no hemos venido de tan lejos, decían los guerreros, por solo el gusto de exponer nuestras vidas; si dejamos nuestras casas, nuestras mujeres y nuestros hijos, fué para alcanzar algún provecho. Ahuitzotl prometió indemnizarlos. En efec-

(1) Tezozomoc, cap. setenta y seis. MS.

to, entrado el rey á la ciudad, en donde fué recibido con gran agasajo, pidió le entregasen adelantado el primer paso del tributo: de ello lo mejor y más exquisito apartó para el Tetzahuitl Huitzilopochtli; de lo más florido que seguía repartió á Nezahualpilli y Totoquihuatzin, distribuyendo el resto entre las tropas como remuneración ofrecida. (1)

El emperador despachó mensajeros para dar nueva de la victoria, así á los pueblos del camino como á Tenochtitlan; estos enviados entraban á los pueblos con la cara y los piés tiznados, dando á entender ventan carsados y con mandato real y en todas las poblaciones eran bien recibidos y regalados. El ejército, de regreso, fué bien atendido y obsequiado en todas partes, entrando en México de una manera triunfal, aunque por la importancia fué desplegada en la ceremonia inusitada magnificencia. Ahuitzotl hizo el saludo al Tezahuitl Huitzilopochtli, se sacrificó ante él, é ido á su palacio, el Cihuacoatl le dió la bienvenida con este discurso: "Hijo, llegado sois á este tular y cañaveral cerrado de esta gran laguna de agua azul *matlalatl toxpalatl*, lago temeroso adonde hierve el agua salada y dulce, lugar de pescados y aves volantes, y la gran culebra que vuela y silba temerosamente, comedero y lugar de la gran águila Mexico Tenuchtitlan, fundada por los azcatecas y chichimecas, fundadores nombrados Tenzacatl, Xomimitl, agua tigreada, reverdeciente, asiento de la laguna mexicana de sauces y por esto los primeros fundadores así llamados Ahuexotl, Ihuicton y Tenuch, flor de los chichimecas Mexitin, que son ahora mexicanos, que adonde fué su primer asiento fué en Chapultepec, luego en Acocolco, y en este cerro está figurado vuestro abuelo Huitzilihuitl." (2)

Descansado de la fatiga de tan largo viaje, Ahuitzotl pensó en dar gracias á los dioses por los favores alcanzados. Prevenidos al intento los sacerdotes, formaron en dos alas desde el palacio hasta el patio del teocalli; cada uno de ellos con su traje, insignias é incensarios, de la misma manera que en las entradas triunfales. Ataviado el emperador con sus más preciosos distintivos reales, iba precedido por los señores distinguidos de la corte y guerreros, sin armas y un

(1) Durán, cap. XLIV.—Tezozomoc, cap. setenta y seis. MS.

(2) Tezozomoc, cap. setenta y siete. MS.

bordon en la mano, y seguido por los enanos y corcovados (1) llevando las joyas y adornos destinados al dios. La procesion se puso á caminar con paso grave, incensando los sacerdotes al rey cuando pasaba, como representante de las divinidades. Llegado al patio, sonaron en el templo los tambores y caracoles de la música sagrada, cuyo ruido cesó cuando Ahuitzotl estuvo en la plataforma superior. En el mayor silencio recibió el acatamiento de los sacerdotes; tomó un incensario y zahumó á los dioses; en sacrificio arrancó la cabeza á muchas codornices, salpicando con la sangre el altar y arrojando los cuerpos á los piés de las estatuas. Sentado en cuclillas sobre los piés, (2) con un agudo hueso de tigre se sacrificó de la parte superior de las orejas, de los molledos y espinillas; con el dedo medio de la mano derecha tomó polvo de los piés del idolo y lo llevó á la boca. (3) Puesto en pié, vuelto el rostro al pueblo, hizo en voz alta una larga oracion. Acabada, se llegó á Huitzilopochtli, le desnudó con mucha humillacion los vestidos, le puso los nuevos traídos por los enanos y corcovados, ofreciendo en seguida las joyas, plumas y preseas traídas de Tecuantepec. Por el orden primero tornó á su palacio acabada la ceremonia.

Repitió la misma visita á cada uno de los teocalli de la ciudad, emprendiendo despues, siempre acompañado por su cortejo de nobles, una romería á los principales santuarios de las inmediaciones. Fué á la provincia de Chalco, en el lugar llamado Tlapitzahuayan, al teocalli consagrado á Tezcatlipoca, dirigiéndose sucesivamente á Itztapalapan, Mexicatzinco y Huitzilopochco (Churubusco), practicando en cada uno un solemne sacrificio. Al segundo dia de su regreso á Tenochtitlan, hizo traer á su presencia los tributos recogidos; repartiendo de ello profusamente á los grandes y señores de la corte, hijos de los caballeros, capitanes y caudillos, sin olvidar á los simples guerreros y á cuantos se habían distinguido en la campaña. (4)

(1) Aquellos enanos y corcovados que los reyes criaban en sus palacios, así les servían de pajes como de eunucos cuidadores de las esposas y concubinas.

(2) Esta era la postura de reverencia, pues pegar al suelo las asentaderas se tenía por irreverente y descortés.

(3) A esta ceremonia se llamaba *comer la tierra santa*; pero también significaba adoracion, y en muchos casos juramento.

(4) Durán, cap. XLVIII.

Este mismo año Ahuitzotl fué contra los de Atlixco á pelea de guerra sagrada. Entró tan de improviso, que los señores de aquel lugar estaban en Huexotzinco, descuidados, teniendo que venir apresuradamente al saber la noticia, al socorro de los suyos. Jugando á la pelota en el mismo Huexotzinco estaba un valiente capitán llamado Tultecatl, quien sin tomar armas corrió hasta el lugar del combate, se metió en medio de la batalla, y con las armas quitadas á sus contrarios combatió hasta que los méxica se retiraron sin ninguna ganancia. Tultecatl tornó á Huexotzinco con un cautivo, el cual fué sacrificado, vistiéndose el capitán el pellejo, con el cual, puesto, peleaba en las escaramuzas sagradas, de veinte en veinte días. Tantas valentías hizo Tultecatl, que los suyos lo aclamaron por uno de sus señores. La honra le duró poco. Al segundo año de su gobierno, los sacerdotes andaban muy desvergonzados en Huexotzinco, robando la ropa á las mujeres que se bañaban, robándose el maíz de las casas y haciendo deshonestidades. Aunque disgustado el pueblo, no podía remediarlo; intentólo Tultecatl, mas se le opusieron los sacerdotes, y siguióse una batalla en que el pueblo fué vencido, teniendo Tultecatl que huir y refugiarse en la provincia de Chalco. Los señores de la provincia dieron de ello aviso á Ahuitzotl, quien para pagarse de lo de Atlixco, mandó dar muerte al valiente y justiciero capitán. (1)

Por este tiempo se registra en los anales de Texcoco una historia singular. Entre las mujeres que para esposas ó concubinas enviaron los méxica á Nezahualpilli, iba una hija de Axayacatl, nombrada Chalchiuhnenetzin, la cual, siendo de poca edad, fué puesta en unos palacios servida como princesa que era, de multitud de personas. Creció, y viéndose apartada y sola, por temperamento ó maldad se entregó á una vida licenciosa. Ayudada por Cualqui, mancebo galán á su servicio, hacía entrar á su retrete las personas que le placían y una vez cumplido su gusto mandaba darles muerte: componía en

(1) Torquemada, lib. II, cap. LXVI.—Faltan en el Códice Telleriano-Remense las anotaciones del V calli 1497 al IX calli 1501: el Códice Vaticano presenta completa la serie cronológica. En el V calli se lee en la parte superior la guerra contra Amaxtlan; arriba el signo del sacrificio de los prisioneros de Xochtla, y á la izquierda el símbolo del agua, saliendo de una especie de culebra y descansando sobre el signo determinativo de tierra. Si no nos engañamos, es el signo de la tromba ó culebra de agua, fenómeno meteorológico.

seguida un bulto, semejanza del amante de su parecido, que vestido y adornado ricamente, colocaba en una sala; tantas eran ya las estatuas, que ocupaban las paredes á la redonda. Preguntábale el rey, cuando visitaba á su consorte, ¿qué era aquello? á lo cual respondía ella ser sus dioses; admitía la respuesta Nezahualpilli por estar fundada en la costumbre de los tenochca de tener en su habitación los penates.

A pesar del secreto de los servidores, tamaña maldad no pudo permanecer oculta. Por amor ú otras consideraciones, habían dejado de ser asesinados Chicuhcoatl, señor de Tezoyocan, Huitzilihuitl y Maxtla, grandes del reino. En uno de ellos reconoció el rey una preciada joya que había dado á Chalchiuhnenetzin, lo cual infundió en él profundo recelo. Una noche que fué á visitar á su esposa, las criadas le dijeron no entrara á la cámara porque la señora dormía; en otras veces al oír aquella razón, Nezahualpilli se retiraba; pero entonces penetró en la estancia, encontrando sobre el lecho, no á la reina, sino un bulto que la remedaba. Asombrado por el descubrimiento y sospechando en la turbación de los domésticos, hizo venir la guardia, prender la servidumbre entera, y buscando encontró á Chalchiuhnenetzin con sus tres galanes, en un aposento retirado, gozando de los placeres de un festín y baile.

Puestos los culpados á disposición de los jueces de la corte, previa la averiguación correspondiente, resultaron complicadas como dos mil personas entre criados, terceros, asesinos, mercaderes y menestrales. Dada la sentencia, Nezahualpilli quiso hacerla cumplir con la mayor publicidad. Invitó á los reyes aliados y señores amigos, convidó á los enemigos del imperio y dió orden al pueblo de concurrir con sus mujeres é hijas aún las más pequeñas: el concurso reunido á presenciar tan estupendo acontecimiento, pasó de toda ponderación. En la plaza pública se dió garrote á la adúltera y á sus tres amantes, los cuerpos fueron quemados junto con los retratos de los galanes asesinados: murieron ahorcados todos los cómplices, enterrando los cadáveres en una gran fosa junto al teocalli del dios de los adulterios. Aquella justicia de Nezahualpilli dejó profunda memoria en los pueblos del Valle. (1)

El rey de Texcoco tenía ya para entonces ganado gran concepto

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 64. MS.

entre sus vasallos. De niño le habían tenido por encantado, pues decían haberle visto en la cuna en figura de tigre, leon y águila. En la edad de discrecion se entregó al estudio de la filosofía: seguía asiduamente el curso de los astros, y enseñaron á Torquemada el lugar donde practicaba sus observaciones astronómicas; como necesidad de su tiempo, cultivaba con empeño la astrología. Deista como su padre, desdeñaba el culto sangriento de los méxica, aunque en él tomaba parte, arrastrado por la corriente general. Era de buen consejo, justo, caritativo con los pobres, dadivoso con los mercaderes. Aunque adjudicando el primer lugar á Nezahualcoyotl, los cronistas están conformes en señalar á Nezahualpilli como el monarca más sabio de su tiempo, el consejero más atinado de los reyes aliados, el más inteligente y mejor administrador de sus dominios. (1) Los anales de los méxica le pintan hombre flaco y afeminado, de pocas fuerzas, más profeta que guerrero, pues sabía predecir las cosas del porvenir, hechicero y encantador. También tenía esta fama un gran señor de Cuiclahuac, llamado Tzumpantecutli, á quien muerto adoraron por dios, quien "en particular alcanzó la venida de los españoles y se las dejó profetizada, aunque en confuso y con muchas fábulas y mentiras." (2)

VI tochtli 1498. Los de Xoconochco, (Soconusco) provincia situada en los confines de Chiapa, hacían la guerra á los de Tecuantepec por haberse sujetado á México, y además dieron muerte á los mercaderes méxica que intentaron penetrar en su territorio. Llegada esta nueva á México y la demanda de socorro por los de Tecuantepec, pedida contra sus enemigos, Ahuizotl reunió á los reyes aliados, quedando en el consejo resuelta la guerra. Dióse orden para aprestar los contingentes, mandándose que en México tomaran las armas desde los mozos de diez y ocho años arriba, pena de dar muerte á los contraventores. En tal virtud se juntaron en la ciudad grandes acopios de armas y bastimentos, concurriendo diariamente los jóvenes al Tlepochealco ó escuela de esgrima á recibir las lecciones de los *achcacautin*. Las prevenciones fueron formidables, tratándose de una provincia lejana, bárbara y pujante: el ejército reunido se hace subir á doscientos mil hombres. Ahuizotl se adelantó á Chal-

(1) Torquemada, lib. II, cap. LXIV.

(2) Durán, cap. L.

co para verle desfilas, y echando de ménos á Nezahualpilli y Totoquihuatzin al frente de los aculhua y tepaneca, les mandó de regalo espada, rodela y las armas é insignias que los reyes usaban: entendiendo los aludidos la indirecta, Totoquihuatzin mandó sus excusas, mientras Nezahualpilli se presentó á seguir la campaña. (1)

Conocidas nos son las costumbres de aquellos guerreros devastadores y licenciosos; á esta causa, y para evitar sus desmanes, fueron recibidos con aparente alegría en los lugares del tránsito. Llegados á Huaxyac, en donde permanecieron algunos días, vinieron los de Tecuantepec con ricos presentes á recibir á Ahuizotl, á quien condujeron á su ciudad cargado en hombros de la nobleza, sentado en una hamaca cubierta de ricas mantas y cueros de tigre. El señor de Tecuantepec lo recibió igualmente con gran aplauso y magestad, metiéndolo á la ciudad en unas andas forradas de cuero de tigres y á trechos ataduras de oro con plumería. Los tecuantepeca y los pueblos comarcanos acudieron con gran cantidad de víveres, uniendo sus guerreros á los tenochca, de manera que el ejército, con las reclutas aumentadas en el camino subía, dicen, á trescientos mil hombres. Atravesada la provincia de Chiapa, los invasores sentaron sus reales delante de Mazatlan. Aquellos bárbaros eran valientes, mas aunque defendieron porfiadamente su libertad, fueron vencidos y rotos, pasados á cuchillo los guerreros, destruida y saqueada la puebla: los ancianos, las mujeres y los niños, huyeron á las montañas. Los vencedores se apoderaron de Chiltepec y sucesivamente de Xolotla, Ayotla, y las poblaciones intermedias hasta Xoconochco, capital de la provincia, sembrando por todas partes el exterminio y el terror. (1)

Desbaratados á su vez los de la ciudad de Xoconochco, alzaron voces pidiendo perdon, confesándose vencidos y prometiendo lo que habían de dar de tributo; la matanza siguió empero, pues ánimo era de los méxica arrasar la provincia; los moradores pidieron ser de nuevo oídos, y mejorada la postura, Ahuizotl admitió la composicion, cesando el estrago. Estando ya de paz, preguntados cuáles eran los términos de sus tierras, respondieron: "que sus términos y mojones confinaban con los naturales de Goatemala, montes y rios, "que eran muy grandes los montes, ásperos y temerosos, de grandes

(1) Durán, cap. L.

(2) Durán, cap. L.—Tezozomoc, cap. setenta y ocho, MS.